

LA EVOLUCIÓN DE LAS PANDILLAS

Víctor Meza

Como todo fenómeno social, las llamadas pandillas o maras están sujetas a la evolución y el cambio. Cuando surgen son agrupaciones primarias, cohesionadas por intereses barriales o unidas por las condiciones sociales de su entorno vital. Luego, como es de esperar, los vínculos originales van siendo fortalecidos cada vez más hasta convertirse en lazos estrechos que le dan cohesión y permanencia al grupo primigenio. Más adelante, la pandilla inicial se va convirtiendo en una especie de tribu urbana, en la medida que crece, amplía su radio de acción, acumula recursos y adquiere reconocimiento social, mezclado con el miedo y la violencia que le impone al resto de la sociedad.

Para entonces, lejos ha quedado ya aquel grupo fundacional que copaba las esquinas del barrio y se congregaba para consumir drogas y cometer delitos de poca monta. Ahora la pandilla ha evolucionado y, gradualmente, se ha ido convirtiendo en una empresa criminal de mayor calado. La acumulación de recursos (armas, vehículos, viviendas, dinero, etc.) va acompañada por el crecimiento numérico de sus integrantes. La estructura orgánica se vuelve más compleja, a la vez que se dispone de mayor experiencia y conocimiento calificado. La naturaleza misma de sus actividades criminales hace necesario el reclutamiento de aliados y colaboradores de todo tipo, pero especialmente de aquellos que forman parte de los cuerpos de seguridad del Estado y del sistema de administración de justicia.

Es el momento en que inicia el proceso de “corporativización” de la pandilla, es decir la fase de la organización cada vez más sofisticada, con ramas y funciones diversas, con tareas diferenciadas. La abundancia de dinero, procedente de las múltiples formas que adopta la actividad criminal (microtráfico de drogas, secuestros, robo de vehículos, sicariato, extorsión, etc), obliga a la pandilla a diversificar sus inversiones y modificar muchos de sus originales hábitos. Al mismo tiempo, consolida nuevos liderazgos, caracterizados por la experiencia acumulada y la violencia que le es consustancial. La tribu marginal va adquiriendo los rasgos de una corporación del crimen.

Eso es exactamente lo que estamos viendo en la actualidad en nuestro país. Y es lo que sucede, desde hace ya algunos años, en El Salvador. Debimos vernos en el

espejo del vecino para saber lo que nos esperaba en el camino. Siempre es bueno aprender de la experiencia ajena.

La masiva y exitosa operación punitiva desatada en días pasados por parte de las fuerzas de seguridad del Estado, debidamente asesoradas por oficiales de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos, tal como lo ha revelado el influyente diario norteamericano Wall Street Journal en un extenso reportaje publicado el 21 de febrero recién pasado, ha puesto de relieve la magnitud del problema y el considerable poderío económico que han acumulado las pandillas en nuestro país. Los allanamientos y correspondientes incautaciones de bienes de todo tipo (“aseguramientos” les llaman) que hemos presenciado en los días recientes, nos revelan la existencia de verdaderas redes de crimen organizado, infiltradas en los circuitos clave del Estado, con aliados en los estamentos del sistema político y amplias vinculaciones en las estructuras económicas y financieras del país.

Esta importante transformación de las pandillas amerita un abordaje diferente desde el punto de vista de la seguridad del Estado. Es necesario modificar también los métodos tradicionales y los estereotipos clásicos de la visión policial sobre los pandilleros. Se necesita un nuevo enfoque, que tome en cuenta la evolución interna y el giro corporativo que ha adoptado la organización criminal conocida como pandilla o mara.

Y el reto no sólo es para la Policía. Hay también planteado un interesante desafío para el mundo académico, para los científicos sociales y estudiosos de estos temas, que están obligados a escudriñar más a fondo en las causas y circunstancias que rodean y explican la siniestra evolución de las pandillas hasta convertirse en verdaderas corporaciones del crimen. Todavía estamos a tiempo.